

Oscar Castro: Veinticinco Años Después

Por EDMUNDO CONCHA.

Entre nuestros poetas muertos ninguno está más vivo que Oscar Castro (1910-1947). En uno de sus primeros poemas, acaso previniendo su prematura muerte, expresa: "Tierra mía, mi tierra, con olor a vendimias/ sabor del fruto dulce y del agua que bebo/ el día en que tu entraña me recoja y me absorba/ te habré devuelto sólo todo lo que te debo".

En rigor, la devolución de Oscar Castro, expuesta en la riqueza de su poesía, es desproporcionadamente mayor que lo que él recibió de la vida: un modesto pasar provinciano, ajeno al estímulo, y casi del todo sordo a los intereses del espíritu. Imposible olvidar que una autoridad de su provincia, al imponerse de la módica renta del poeta como bibliotecario de un liceo, preguntó colmado de extrañeza: "¿Y cómo puede ser inteligente un joven que gana eso?"

Otro recuerdo: una noche de 1938, después de haber pasado varias horas en su enaltecida compañía, nos manifestó en la estación del ferrocarril de su ciudad natal: "Ojalá que algún día Rancagua haga noticia no sólo por su yacimiento de cobre".

Como buen vate, su vaticinio fue certero, porque desde la aparición de su primer libro aquel año, "Camino en el Alba", esa ciudad empezó a llamar la atención también por otro material de exportación: el oro de la poesía de Oscar Castro.

Hoy es él uno de los poetas chilenos más leídos y antologados gracias al directo impacto de su obra en la sensibilidad de miles y miles de lectores, quienes para admirarlo no necesitan de ninguna indicación académica. Pese al poderoso alcance del oficio de Oscar Castro, su poesía está lejos de toda falsa pretensión metafísica—ese vicio tan común en algunos poetas de naturaleza elemental— y se presenta siempre desnuda, pura, auténtica, con suficiente capacidad para remontarse sola, con sus propias alas, sin la escolta de eruditas "introducciones".

Los libros suyos se reeditan continuamente en virtud de la exigencia personal de sus lectores, cuyo círculo crece de año en año en la misma medida en que se le lee, pues en su caso leerlo y recomendarlo constituye una misma y grata operación.

He aquí la última edición, ya la tercera de la Editorial del Pacífico, de una antología de poemas realizada por Hernán Poblete Varas, un intelectual cuyo fervor por el poeta no le impide ser objetivo. La edición trae un prólogo de Alejandro Magnet, en una de cuyas partes apunta: "Mientras seducidos por García Lorca otros se quedaban en un mundo de limoneros, verdes lunas y gitanerías más o menos disfrazadas, Castro supo captar lo valioso de la lección del maestro: el redescubrimiento de lo popular".

Toda poesía, quíeralo o no su autor, es el espejo de un temperamento. De ahí que la haya bucólica, mística, tribunicia, esotérica, etc. La de Oscar Castro es sentimental, vía de suyo ventajosa para llegar a un público más vasto, pues hay sin duda lectores escépticos e incluso sin ideas, o con exceso de ellas, pero no los hay sin sentimientos, que es la tintura menos borrable del género humano.

Este sentimentalismo aparece encauzado por la artesanía impecable del poeta, quien lo entrega en cada poema en su medida justa, sin incurrir en delicuescencias. Tal sobriedad natural inscribe su poesía en un romanticismo de cuño clásico que como tal está por encima de las modas y mudanzas del tiempo.



Oscar Castro, uno de los poetas chilenos más leídos y antologados.

La poesía de Oscar Castro es casi siempre fiel testimonio de las vivencias íntimas del hombre común, ese que siempre tuvo en su punto de mira Walt Whitman, que ningún arte verdadero puede excluir, pues constituye la mejor contrapartida a la entelequia a que aspira a convertirlo una supuesta cultura que más que tal es un infolio de muertas convenciones.

Por ejemplo, no es difícil que pueda conmovirse cualquier padre frente al poema "Palabras al Hijo Futuro", sobre todo cuando dice: "Perdona si tu alma continúa las voces/ que en mí nacen y caen como alas vencidas./ Si un día tienes pena por lo que no conoces/ es que te están doliendo mis heridas". Estos versos, y otros suyos, demuestran que la cuerda mejor tocada por Oscar Castro, a la que le arranca mayores vibraciones, es la del dolor, seguramente por ser el mayor sedimento que queda en el alma del hombre al cabo de los milenios de su accidentada existencia.

Esta antología contiene 53 poemas espigados de sus libros "Camino en el Alba", "Viaje del Alba a la Noche", "Glosario Gongorino", "Rocio en el Trébol", algunas piezas inéditas, y "Reconquista del Hombre". Este último título condensa y refleja mejor que ninguno la intención tácita de la poesía de Oscar Castro: con un telón de fondo del campo chileno, rescatar al hombre, al "hombre de carne y hueso", de la maraña de artificios en que lo ha sumido una poesía nada escasa que se nutre menos de la vida que de las palabras.